

RESEÑAS		POESÍA
<p>La levedad que ríe</p> <p><i>Una palabra cada día</i> GUSTAVO ADOLFO GARCÉS Poesía Letra a Letra, Bogotá, 2015, 90 págs.</p> <p>YO NO sé cómo, en qué momento, Gustavo Adolfo Garcés (Medellín, 1957) se hizo un poeta muy reconocido gracias a sus poemas cortos, apenas unas pocas líneas, dos líneas a veces, que en ocasiones, incluso, casi escamotean al lector lo que quieren decir. La primera vez que me encontré con un libro suyo, hace ya bastantes años, fue con <i>Breves días</i>, que había ganado recientemente un premio nacional. Me dije: espero a ver, porque por ahora no entiendo, estos poemas casi no me dicen nada, casi no dicen nada. Pasó el tiempo y volví a leerlos, seguro porque me había caído a las manos otro libro suyo recién editado, <i>Pequeño reino</i>. Y a partir de ese momento los poemas de Gustavo Adolfo Garcés se me hicieron como propios, empecé a gustarlos y a reírme con ellos, que era lo que no había logrado al principio: encontrarles la risa. Y también el silencio. Estaba muy claro que no eran haikús, porque hubiera sido muy fácil salir de ellos: definirlos como haikús y no ponerles más atención, dado que hay tantos poetas que escriben “haikús”, que uno simplemente los lee y sigue pensando en otra cosa. No se trataba de eso. Había más en estos poemas (aclaro: en los haikús de verdad, en los originales, hay mucho), había juego, dobles sentidos, elisiones llenas de alusiones, delicadas levedades que eran en sí mismas la poesía, y, vuelvo a decirlo, mucha risa.</p> <p>Por ejemplo un poema suyo se llama “La felicidad” y dice:</p> <p>Hacer bien algo ojalá un verso.</p> <p>En solo seis palabras, acudiendo al vacío inteligente, nos da una bella definición de plenitud, y como es un poeta quien escribe, pues quiere alcanzarla en una línea, en un verso, eso le es suficiente. La de ese poema es una modestia orgullosa. Otro poema se llama “País” y dice:</p> <p>Poco sabemos poco recordamos todo fue contienda.</p>	<p>Un poema político, sin duda. Arriba dije que algunos de los poemas de Gustavo Adolfo Garcés le escamotean al lector lo que quieren decir. No se lo escamotean. Pero no se lo ponen fácil, en todo caso, como en ese poema. Esas pocas palabras sirven para hacerse a un sentido de lo que es nuestra nación. En la guerra (en la contienda) la primera víctima es la verdad, entonces es cierto que no sabemos de nuestro país. Aun lo que recordamos puede ser mentira, casi siempre es mentira.</p> <p>Es, entonces, Gustavo Adolfo Garcés, y esta es una de mis conclusiones (nada original, entre otras cosas), un poeta muy singular en el panorama de la poesía colombiana. Las palabras del poema le sirven, no para hacer metáforas, sino para, desplegadas en la página como granos de maíz, ir construyendo pequeñas imágenes que no ambicionan grandes temas, solo tenues percepciones que le exigen al lector, eso sí, concentración y silencio. Levedad.</p> <p>Parece improbable que haya otro poeta en nuestro medio que sopesa tanto las palabras, tal vez hasta las sílabas, para escribir un poema. Se cuida de no incurrir en las formas del haikú, es muy claro, pero sin duda mira esas formas con el rabillo del ojo; entonces le rinde un homenaje a Basho, uno de los autores emblemáticos de la poesía japonesa, y escribe:</p> <p>De la noche solo escucho la sílaba de la rana.</p> <p>(el poema se llama “Basho y el eco del mundo”). Al croar de la rana, el poeta prefiere llamarlo “sílabas”. Tal vez porque piensa en ellas todo el tiempo, en lo pocas que son, es decir, lo pocas que son las que él tiene para usar. Se impone la austeridad, casi la mendicidad de las sílabas. En alguna parte se lo achaca a la inmovilidad de Dios, por la cual</p> <p>un silencio calamitoso nos encierra.</p> <p>Y puede que al poeta le parezca calamitoso ese silencio, pero sabe que esa calamidad es el látigo del que habló una vez Truman Capote: “Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse”. En un poema de <i>Una</i></p>	<p><i>palabra cada día</i> (2015), el libro que inspira esta reseña, un poema de solo cuatro líneas muy cortas precedidas por un número, dice:</p> <p>Lo que lleva adentro son palabras sabe muchas pugna por una</p> <p>[pág. 87]</p> <p>Es él, sin ninguna duda; es un poema que lo define a él mismo. El poeta sabe muchas palabras, porque de ellas se alimenta, las conoce, sabe sus caprichos y sus olores, sus colores y su origen, pero en el poema deben ir muy pocas, las muy escogidas, las que mejor <i>no</i> dicen una idea, porque no son las ideas las que le interesan al poeta, sino las palabras. O las ideas, pero con la cabeza cortada, solo los brazos de las ideas, o sus pasos, o, mejor, las alas de las ideas.</p> <p>Solo mediante el buen humor se puede llegar al poema leve. El buen humor, pues, no siempre está relacionado con lo deliberadamente alegre, con lo que hace reír sin remedio. Lo liviano tiene mucho mejor humor que lo pesado, que casi siempre se emparenta con lo farragoso, lo serio, lo solemne, lo riguroso (en el sentido de inflexible). Lo enhiesto nunca trae consigo una sonrisa. Por ahí casi nunca corre el aire. En cambio sí por la levedad.</p> <p>Es risueña la levedad de los poemas de Gustavo Adolfo Garcés, pero no es inocente. Hay en ellos el pensamiento que no puede haber en la ingenuidad. Por ejemplo, dice en un poema que se llama “Puerto Casabe”:</p> <p>Redes secándose olor a pescado muchachas y los muertos que bajan por el río</p> <p>[pág. 53]</p> <p>Hace pensar en esos poemas que escribió María Mercedes Carranza en <i>El canto de las moscas</i>. Bellos nombres de poblaciones colombianas, casi ignotas y casi ignoradas por el lector, pero que encierran, cada una, la tragedia de la violencia que bien conocemos. Como en Carranza, el poema de Garcés está formado por la levedad y la concisión, pero en él subyace la guerra, siempre aterradora y deplorable. En un poema de solo dos líneas que se llama “Final”:</p>

POESÍA		RESEÑAS
<p>Ningún verso vendrá a buscarnos.</p> <p>[pág. 64]</p> <p>No cabe la inocencia, a pesar de que es leve como una pluma. Pero esa levedad ríe, porque prefiere el guiño y no el discurso ni la solemnidad. A pesar de que en las dos formas corre el frío de la muerte. También ella, por sería que sea, tiene mil nombres, mil formas hay para nombrarla. Y el poeta no la nombra, sino que crea el espacio donde ella cabe. El lector llena el espacio. Es decir, el lector también escribe. La de estos poemas es una exigencia que juega.</p> <p>En otro lugar el poeta había dicho que el blanco lo aprendió de las enaguas. No lo aprendió de ninguna teoría, ni de los contrastes que ofrece el conocimiento racional. Lo aprendió en los ojos solamente, y en el placer de mirar. Lo que digo: la levedad que ríe.</p> <p>A estas alturas, pues, ya sé por qué Gustavo Adolfo Garcés se ha hecho reconocido y su poesía reconocible: porque a todos nos gusta lo frágil y lo leve, por encima de lo cargante y lo racional; porque la suya no es una poesía que haya elegido la brevedad como simple antagonista de la extensión o como una forma fácil, sino que en la primera, en poco espacio, le ofrece al lector la opción del viaje largo; porque en cada libro suyo los poemas salen a jugar, a divertirse con las palabras que han sido escogidas por el poeta con la avaricia y el celo de los coleccionistas, pero sin la pesadumbre y el insomnio de estos; porque, en fin, libros como <i>Una palabra cada día</i> son una alegría para el lector y son un triunfo de la poesía colombiana.</p> <p>Y del lector que en un primer momento desconfió de los poemas de Gustavo Adolfo Garcés, ellos hoy se ríen con el cariño de los amigos, pero a la espera, me temo, de tomarse un buen desquite, alguna traviesa venganza.</p> <p>Luis Germán Sierra J.</p>		